

ALGUNOS PROBLEMAS TEORICOS DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA°

roberto fernández retamar

Un reclamo

En los últimos años, a medida que la literatura hispanoamericana encontraba acogida y reconocimiento internacionales, se ha hecho cada vez más evidente la incongruencia de seguir abordándola con un aparato conceptual forjado a partir de otras literaturas. Mientras a un complejo proceso de liberación —cuyo punto más alto es por ahora la Revolución Cubana— lo acompaña una compleja literatura que en sus mejores creaciones tiende a expresar nuestros problemas y a afirmar nuestros valores propios, sin dejar de asimilar críticamente variadas herencias, y contribuye así, de alguna manera, a nuestra descolonización, en cambio esa misma literatura está todavía considerablemente requerida de ser estudiada con óptica descolonizada; o incluso se la propone como algo distinto de lo que en realidad es —de nuevo como una mera proyección metropolitana—: con frecuencia, mediante una arbitraria jerarquización que empuja a primer plano sus búsquedas formales, y oscurece sus verdaderas funciones: todo ello con motivaciones y consecuencias ideológicas diversas y a menudo diversionistas.

El investigador de la R.D.A. Kurt Schnelle (1), al abordar este problema, ha escrito:

Las naciones latinoamericanas pueden enorgullecerse hoy en día de una serie de obras maestras, las cuales plantean con absoluto derecho su pretensión de ser valoradas dentro de la literatura mundial [...] Pero el eurocentrismo hizo lo suyo para acelerar el alejamiento de la historia y la aproximación al juego con temas y tradiciones literarias. Conceptos literarios tradicionales, arrastrados como maligna enfermedad desde Goethe y otros poetas "clásicos" alemanes, se han mantenido hasta hoy tenazmente. Y con ellos también los juicios críticos de la novela clásica burguesa para aplicarlos a los nuevos fenómenos literarios, con todo lo que esto implica de error, como se puede ver en el caso de Lukacs. Es

decir, Lukacs supone una afectividad [¿afinidad?] electiva entre la burguesía y el proletariado, y en esa forma menoscaba y falsea toda la literatura proletaria, de Majakovskij a Brecht [p. 162].

Y después de mencionar "la opinión más o menos ridícula de que la metodología materialista dialéctica estaría superada y sólo con una visión estructural se llegaría a una aclaración científica del fenómeno literario", concluye Schnelle:

La ciencia literaria latinoamericana, que hubiera debido darnos, al resto del mundo, un conocimiento de los nuevos fenómenos literarios del continente, se halló inhibida en la presentación de los nuevos productos literarios debido al hecho de que en Europa había "clásicos" con los cuales no se podían comparar a primera vista las grandes muestras de la novela latinoamericana [p. 163].

Por su parte, el escritor uruguayo Mario Benedetti (2) es aún más drástico al preguntarse:

¿debe la literatura latinoamericana, en su momento de mayor eclosión, someterse mansamente a los cánones de una literatura de formidable tradición [la de Europa occidental], pero que hoy pasa por un período de fatiga y de crisis? [...] ¿Debe considerarse la crítica estructuralista como el dictamen inapelable de **nuestras** letras? ¿O, por el contrario, junto a nuestros poetas y narradores, debemos crear también nuestro propio enfoque crítico, nuestros propios modos de investigación, nuestra valoración con signo particular, salidos de nuestras condiciones, de nuestras necesidades, de nuestro interés? [p. 36].

"No estoy proponiendo", dirá más adelante Benedetti,

que, para nuestras valoraciones, prescindamos del juicio o del aporte europeos. [...] en América Latina sabemos que nuestra **comarca** no es el mundo; por lo tanto sería estúpido y suicida negar cuanto hemos aprendido y cuánto podremos aprender aún de la cultura europea. Pero tal aprendizaje, por importante que sea, no debe sustituir nuestra ruta de convicciones, nuestra propia escala de valores, nuestro sentido de orientación. Estamos a la vanguardia en varios campos, pero en el campo de la valoración seguimos siendo epígonos de lo europeo [p. 37].

Tales planteos responden a exigencias insoslayables de nuestro proceso histórico, y por ello no es extraño ver aparecer un reclamo similar, dentro de una discusión continental y aun mundial, en diferentes autores. Ese reclamo está presente también en algunos trabajos nuestros (3) que aspiramos a complementar con las actuales notas.

General, colonial, racista

Ya sabemos que a menudo los autores hispanoamericanos de trabajos teóricos, al absolutizar determinados modelos europeos, están convencidos de ha-

ber arribado a conclusiones "generales", que en algunos casos pretenden ejemplificar con obras literarias hispanoamericanas: lo que, lejos de sancionar el carácter "general" de su teoría, por lo común lo que hace es revelar su condición colonial. A algunas de aquellas obras que hemos mencionado anteriormente (4), podría añadirse la **Teoría literaria general** (Buenos Aires, 1974) del argentino David Maldavsky, en la cual, aparte de especulaciones varias, se aplican eclécticamente ciertos criterios del estructuralismo francés y del psicoanálisis a escritores de nuestra comarca.

Se da el caso, desde luego, de autores que son concientes de la arbitrariedad que supone aquel procedimiento. En su libro **La creación poética** (Santiago de Chile, 1969), el neotomista chileno José Miguel Ibáñez se adelanta a explicar que "las observaciones de Goethe, Poe y Benn, y sobre todo las de Rilke, Valéry y Eliot han venido a suministrar el material para esta teoría del poema..." [p. 11]; y, si bien menciona "la 'americanización' de los ejemplos", en la versión definitiva de su libro, confiesa paladinamente que el mismo "es todavía colonizador —pues realiza sobre la materia latinoamericana un tratamiento bien europeo—": lo que para él, sin embargo,

dicho sea sin ofender a nadie, se funda en la única posibilidad real de practicar, por ahora, un abordaje no impresionista de nuestros poetas [...]. Si la poesía latinoamericana actual presenta una materia bastante rica para fundar y ejemplificar una filosofía del poema, puede estar ya próxima la hora de la autoconciencia, cuando también esta filosofía pueda hacerse entre nosotros, y sin el "incurable descastamiento histórico" que decía Vallejo, y en que este libro irremediablemente incurre [p. 13-14].

Sí: irremediablemente incurre en ello este libro, cuyo autor no sólo ignora que para entonces había llegado hacia ya tiempo esa "hora de la autoconciencia" latinoamericana, sino que, fiel a la frase delirantemente irracional de Rilke, que pone al frente como exergo ("Las obras de arte son de una infinita soledad, y con nada se pueden alcanzar menos que con la crítica"), realiza una tarea cuando menos inútil: especialmente para nosotros.

Pero si en obras así, los propios autores, concientes de las carencias de sus trabajos, o al menos de lo que ellos no se proponen, hablan autocriticamente de su carácter "colonizador", o de su pretensión de validez "general" (término que ya hemos visto que con frecuencia no es más que otro sinónimo, meliorativo, de "colonizador"), algunas obras que, por el contrario, aspiran a una absoluta fidelidad a las peculiaridades de nuestra literatura, de nuestro mundo, nos deparan otras ineptitudes. Acaso la mayor de ellas —y, en todo caso, la arquetípica— es cierta vocación ontologizante, de la cual nos ofrece no pocas muestras el germano-argentino Rudolf Grossmann en su libro **Historia y problemas de la literatura latinoamericana** (Madrid, 1972). No pretendemos comentar aquí este libro de más de setecientas cincuenta páginas, que no parece de contribuciones útiles ni de errores de muy diverso tipo. Pero no podemos dejar de señalar a dónde puede conducir la creencia en una fijeza espiritual atribuida a una no menos fija "raza". Al hablar de "los elementos étnicos de la síntesis latinoamericana", este autor es capaz de escribir impávido que

la introducción de negros no significa sólo una mano de obra barata y de confianza en los tórridos llanos tropicales, en reempla-

zo del poco resistente aborigen, sino un nuevo plano emocional: candidez y servilismo, extrema movilidad por falta de autocontrol y de equilibrio en la vida efectiva; en contraste con el indio, prototipo de inmutabilidad monumental [p. 46].

Disparate que vemos ampliado más tarde, cuando leemos que en los dominios del negro "se imponen":

—sensualidad, más fuerte aún que en el mestizo o criollo, nacida de una falta de autodomínio en la vida afectiva y apoyada por una fantasía exuberante, complacencia en el bienestar corporal y la elocuente expresión verbal del mismo;

—falta de sentimientos políticos y económicos ordenados, por tanta discordia y a veces rebeldía desatinada: la tiranía y la crueldad se hallan junto a una blandura anímica que puede llegar al servilismo;

—exagerado afán de notoriedad —que tiende, sobre todo, a los atributos de dignidad exterior— e inclinación a la fanfarronería;

—un concepto de vida, en el fondo religioso, que se pone de manifiesto en el simbolismo primitivamente sensorial de expresiones fetichistas paleorreligiosas o en una especie de cristianismo primitivo, que caracteriza también los "spirituals" de los negros norteamericanos;

—tendencia más fuerte que en el criollo a apropiarse del acervo cultural europeo. Pero mientras que el criollo lo asimila, cuando lo acepta, el negro suele conformarse con la adaptación ingenua de formas puramente externas, lo que produce fácilmente un efecto caricaturesco [p. 63].

Por supuesto, no debe extrañar, después de lo anterior, que el autor considere que "lo realmente 'evolucionista', lo propulsor en la síntesis literaria latinoamericana" puede señalarse en "el elemento humano moderno del Occidente europeo y de Norteamérica" (p. 46).

A estas aberraciones racistas, Grossmann acompaña otras aberraciones históricas, como postular que "se descubre en la impasibilidad del indio frente a las vicisitudes de la vida y en su menosprecio de lo material, el eficaz antídoto contra el desasosiego y la codicia. Desde este punto de vista, el indio se convierte, lentamente, en el antípoda socialista del capitalismo y el representante de un nuevo orden social más justo" (p. 62), etc. Por cosas así, si bien Grossmann tiene razón al rechazar "la interpretación llamada inmanente" (p. 28) en la investigación de nuestra literatura, y es capaz, aquí o allá, de hacer observaciones válidas, el basamento mismo de su enfoque está irremisiblemente dañado por una equivocada concepción de la historia que se pone brutalmente de manifiesto en su asombroso racismo: el cual no sería menos rechazable, por supuesto, si en vez de las peculiaridades que otorga a una u otra "raza", propusiera otra distribución diferente. Lo esencial es que Grossman ve a las "razas" al margen de la historia, sustituye a esta última con supuestos caracteres de raíz biológica que hubieran aprobado Gobineau o Hitler, pero que se sabe que no son más que inepticias; y cuando se vuelve a la historia, ésta se le presenta como una especie de pintoresca panoplia donde el investigador, a la manera de un escritor de ficción, puede escoger y mez-

clar épocas a voluntad. Por supuesto, tales puerilidades difícilmente ayudan a elaborar los conceptos propios de nuestra literatura, de nuestro mundo.

Comprensión de nuestro mundo

Pues la condición primera para esa elaboración, como no se cansó de decir Mariátegui (5), hay que buscarla fuera de la literatura misma: esa condición es la comprensión de nuestro mundo, lo que a su vez requiere una comprensión cabal del mundo todo, del que somos parte. Y ello sólo puede obtenerse con el instrumental científico idóneo: el materialismo dialéctico e histórico: el cual, no es ocioso repetirlo, implica lo opuesto a una serie de fórmulas, a una budinera para aplicarla indistintamente a cualquier realidad (6). Por el contrario, como se ha dicho tantas veces— al parecer, nunca demasiado—, el marxismo no es un dogma, sino una guía para la acción: incluso, por supuesto, para esa forma de la acción que es la elaboración teórica, la cual no está hecha de una vez para siempre, ya que el alma del marxismo, decía Lenin, es “el análisis concreto de las condiciones concretas”.

En nuestro caso, no se trata, por tanto, ni de aplicarnos sin más criterios elaborados a partir de realidades ajenas (en el mejor de los casos, criterios nacidos del análisis de otras condiciones), ni de pretender cortarnos, a espaldas de la historia, de cualesquiera otras realidades, y abultar supuestos o incluso verdaderos rasgos propios, con la voluntad de proclamar una absurda diferencia segregacionista, sino de precisar nuestras “condiciones concretas”.

Porque rechaza aquellas dos tentaciones, y porque parte de una visión justa de la historia, el crítico brasileño Antonio Candido (7), tomando en cuenta el específico carácter colonial de nuestros orígenes, y la situación de “subdesarrollo” que es su secuela —y esos términos implican determinada **relación** necesaria—, puede recordarnos nuestra característica de “continente intervenido” (p. 340), nuestra “dependencia cultural” (p. 342), y, en fin, que —querámoslo o no— “somos parte de una cultura más amplia de la cual participamos como variedad cultural”, y que “es una ilusión hablar de supresión de contactos e influencias” (p. 347) (8). Y más adelante:

¿Habría paradoja en esto? En efecto, cuanto más se entera de la realidad trágica del subdesarrollo, más el hombre libre que piensa se deja penetrar por la inspiración revolucionaria, es decir, cree en la necesidad del rechazo del yugo económico del imperia-
lismo, y de la modificación de las estructuras internas, que alimentan la situación de subdesarrollo. Sin embargo, mira con más objetividad el problema de las influencias, considerándolas como vinculación cultural y social. La paradoja es aparente y constituye más bien un síntoma de madurez, imposible en el mundo clausurado y oligárquico de los nacionalismos ideológicos. Tanto es así que el reconocimiento de la vinculación se asocia al comienzo de la capacidad de innovar en el nivel de la expresión, y al intento de luchar en el nivel del desarrollo económico y político [p. 347].

Por supuesto, esto nos lleva, en primer lugar, a interrogarnos sobre esa “cultura más amplia”, de la que somos “variedad cultural”. “Cultura”, ya lo sabemos, es el conjunto de las “particularidades de la fisonomía espiritual” de determinadas comunidades humanas. Stalin, a quien corresponde esta de-

finición, está pensando en "la cultura nacional", la cual, aunque según él pueda ser "algo imperceptible para el observador [...] es aprehensible y no puede ser dejada de lado" (9); pero no cabe duda de que, sin dejar de mostrar diferencias apreciables, que significan "variedades", esa "fisonomía espiritual", o mejor ese sistema de sistemas signícos sociales que es una cultura (10) puede (y aun suele) abarcar con frecuencia áreas supranacionales. Tal es el caso de esa "cultura más amplia" a que se ha referido Candido. ¿Pero, puede preguntarse un sobresaltado, no se tratará sin más de esa misma cultura europea cuya arrogante pretensión de universalidad hemos convenido en rechazar? Este es el momento de recordar que aceptar esa "Europa" como un bloque prácticamente homogéneo y ucrónico que hemos introyectado para postrarnos ante ella mansamente o para (pretender) impugnarla irritados, implica ya, sea cual fuere nuestra reacción, una actitud de colonizados. Así como es un fraude identificar (como tan frecuente es *allá*) a "América" con "los Estados Unidos", es otro fraude (esta vez, frecuente *aquí*) identificar a "Europa" con unos pocos países de la Europa occidental, de gran desarrollo capitalista, olvidándonos de que la Europa verdadera no es sólo Londres y París: es también Sofía y Bratislava; para no decir nada de lo que representa la evidente diversidad interna de aquellos mismos países, donde han existido el nazismo y la Comuna, Rhodes y Marx. Un imprescindible ejercicio de nuestra madurez obliga a rechazar aquel simulacro de "Europa" que pretendió hacer pasar por universales determinados rasgos locales, y proclamar, en cambio, que la Europa real, la que no tiene comillas, incluyó ayer naciones de gran desarrollo capitalista y naciones atrasadas, países colonizadores e imperialistas y países colonizados, burguesías en ascenso y burguesías declinantes, movimientos reaccionarios y luchas obreras y campesinas, guerras de rapiña colonialista e imperialista y guerras de liberación nacional, fascismo italiano y revolución española; e incluye hoy mismo países capitalistas, desarrollados y subdesarrollados —con grandes contradicciones internas—, y países socialistas. ¿Cómo podemos reclamar atención y respeto para nuestras especificidades, sobre la base de negar atención y respeto a las especificidades de otros? Pues bien: la "cultura más amplia" a que se refiere Candido no se identifica sin más con la de "Europa"; en todo caso, aceptaríamos que corresponde a aquellos países de Europa, de América, de Oceanía y de otros lugares a los cuales podría aplicarse la denominación que el sabio marxista lituano-chileno Alejandro Lipschutz (a quien volveremos a referirnos más tarde), tan inequívocamente anticolonialista y tan consecuente defensor de las comunidades indígenas de nuestro continente, ha usado alguna vez: *europoides* (11). Y ello significa que (sin renunciar a heredar críticamente, como postuló Lenin, lo que haya de positivo en ella) **de ninguna manera** identificaríamos esa "cultura" con lo que, en un sentido restringido, colonizador, reaccionario, algunos toman por "cultura occidental", haciendo de paso curiosas martingalas cardinales. Es algo mucho más vasto, geográfica e históricamente hablando, e implica un mundo amplio, rico y dinámico en cuyo seno hay cuantiosas afinidades ("simpatías", diría Reyes) y diferencias. Estas últimas son obvias: baste recordar la pluralidad lingüística, por solo señalar la que acaso sea la más evidente. Pero en relación con las primeras, es aleccionador leer la siguiente caracterización que hizo de su literatura el investigador húngaro Miklos Szabolsci, en una reunión que tuvo lugar en Francia, en 1969 (12):

El problema del estallido de la caparazón lingüística no se plan-

tea entre nosotros, porque la lengua misma, sobre todo la hablada, se halla en constante transformación [...] ese discurso lógico que los oprime a ustedes [los franceses], está aún por crear [...] Segunda observación preliminar, sin duda más importante: no con referencia al romanticismo del siglo pasado, sino fundándose en ciertas investigaciones sociológicas, creo que la literatura, en el conjunto del modelo de la cultura, en el conjunto de la conciencia de los hombres, tiene en Hungría más lugar que en Francia. Durante mucho tiempo no hemos tenido grandes filósofos. En el siglo XVIII y en el XIX, las grandes ideas no se expresaban entre nosotros en obras teóricas (no teníamos ni Voltaire, ni Marx, ni Freud), sino en las obras de poetas, sobre todo líricos. Así, no sólo el modelo de la cultura es más literario, sino que la poesía ocupa un lugar privilegiado. Aún hoy, incluso en sus formas más herméticas, ella es bastante leída por las gentes de la calle. Por otra parte, esta no es una situación exclusiva de Hungría: se la encuentra en España, en Latinoamérica y también en algunos otros países del Este, incluida Rusia. Es decir, que no se puede tomar el modelo de la literatura francesa como un modelo inmutable. Por otra parte, el papel de ciertas corrientes, de ciertas escuelas literarias es un poco diferente, en un país como el nuestro, de lo que es, por ejemplo, en Francia o Alemania. El simbolismo francés tuvo una inmensa resonancia en Rumanía, se convirtió en una escuela con grandes poetas, pero al precio de una transformación, de una adaptación, de una folclorización. A partir de 1930, el surrealismo, en Checoslovaquia, desempeñó un papel importante, mezclado sin embargo a otra tradición y en una síntesis bastante alejada del modelo francés. También los problemas relativos al juego de las formas, del contenido, de la función y del valor, han cambiado de aspecto y de función. Puesto que se ha evocado aquí el papel de la sociografía literaria, esa literatura entre la literatura y el documento, debo indicar finalmente que ella es entre nosotros infinitamente mayor que en otros países [p. 612-13].

Szabolsci demuestra aquí ser conciente de las similitudes entre literaturas con un grado notable de convergencias, a despecho de las diferencias que provocan orígenes e idiomas distintos, y una ausencia de contactos que en muchos casos ha sido enorme. Esas similitudes no son azarosas: las ha provocado el surgimiento de los países respectivos, como naciones modernas, en la periferia de los países de gran desarrollo capitalista, con los cuales han mantenido relaciones que, unidas a sus propios elementos autóctonos (13), contribuyeron decisivamente a su perfil actual.

Ya hace diez años, al estudiar a Martí y destacar las semejanzas económicas y políticas impuestas a los países coloniales y semicoloniales de Asia, Africa y la América Latina que denominarían, harto equivocadamente, "tercer mundo", llamábamos la atención sobre cómo, sin embargo,

la América Latina se halla en una situación particular. Mientras el "occidental" es un mero intruso en la mayor parte de las colonias que ha asolado, en el Nuevo Mundo es, además, uno de los

componentes, y no el menos importante, que dará lugar al mestizo (no sólo el mestizo racial, por supuesto). Si la "tradición occidental" no es toda la tradición de éste, es **también** su tradición. Hay pues un contrapunto más delicado en el caso de los pensadores latinoamericanos, al compararlos con los de otras zonas coloniales (14).

Lo que entonces no veíamos con suficiente claridad, es que aquella "situación particular" no lo era tanto. Un mayor conocimiento directo de países de la **otra** Europa, de nuestra América y de Asia, y un estudio más detenido de ciertos hechos y autores, nos ha mostrado, por ejemplo, la cercanía de no pocos de los caracteres y problemas propios de la América Latina con los de los países de la Europa periférica: en muchos de los cuales, por añadidura, iban a desarrollarse, como en nuestro propio país, revoluciones socialistas.

Por otra parte, las similitudes estructurales entre los países latinoamericanos y los de la **otra** Europa ya habían sido observados por el propio Lenin, en los apuntes que tomara mientras preparaba **El imperialismo, última etapa del capitalismo** (15). Tales apuntes, de indudable interés no obstante su parquedad, apenas han sido objeto, que sepamos, de la atención y el desarrollo merecidos. Las similitudes, sin embargo, llevarán sin duda a estudios ulteriores (16). Podría decirse que el lenguaje de estos años recientes ya se ha hecho cargo de tales similitudes: al hablarse, en metáfora reveladora, de la "balcanización" de nuestra América, ¿no se establece un paralelo entre dos zonas del planeta que requiere ser profundizado? Entre los pocos materiales de este tipo que conocemos, merecen destacarse los que debemos al siempre sagaz Lipschutz, quien hizo ver la cercanía entre la problemática socioeconómica del viejo imperio ruso y la de la América Latina de este siglo (17).

Semejanzas entre las problemáticas socioeconómicas como las que señalaron Lenin y Lipschutz, por una parte; y cercanías culturales como las que corresponden a variedades que se remiten, enriqueciéndola, a una cultura más vasta, por otra: no puede darse coyuntura más apropiada para que se propugne un desarrollo de los estudios de literatura comparada entre nuestras literaturas respectivas, los cuales revelarán de seguro, como lo prueban las líneas de Szabolsci, aspectos peculiares de las mismas. Por supuesto, ello requiere rechazar la curiosa limitación que impone Ulrich Weisstein a estos estudios al afirmar que "la noción de influencia debe ser considerada como el concepto clave de la literatura comparada" (18). Tomado al pie de la letra, tal criterio, en la medida en que mire a nuestras letras, sería propio de una concepción colonizadora de los estudios de literatura comparada, y explicaría la existencia de esos pleonasmos regocijantes que son trabajos como "Alejandro Dumas en La Habana" o "Shakespeare en Tegucigalpa". No: los conceptos claves de tales estudios (sin prescindirse por supuesto del de influencia, pero jerarquizándolo de modo distinto), serían más bien los que atiendan a la estructura y función de las obras literarias en cuestión, aun cuando no pueda hablarse de influencia entre las mismas (19). Por desgracia, no creemos que tales estudios sean aún muy abundantes. Véase, sin embargo, lo que ellos pueden reportarnos, en una comparación como la que realiza la investigadora soviética Vera Kuteischikova entre la narrativa soviética y la mexicana de los primeros años de sus respectivas revoluciones de este siglo (20); o en la reseña en que el investigador rumano Adrian Marino señala las similitudes entre la crítica de Martí y la de críticos rumanos de su época:

En efecto [dice Marino], se puede constatar entre las concepciones críticas del gran poeta, crítico y revolucionario cubano José Martí, de fines del siglo XIX, y algunos problemas esenciales de la crítica rumana (que comienzan a diseñarse hacia la misma época), tomas de posición, dilemas y soluciones convergentes, paralelas e incluso idénticas. Se halla la explicación de ello tanto en la orientación general de la crítica europea, francesa en particular, que ejerció gran influencia a finales del pasado siglo, como en la reacción natural de espíritus profundamente preocupados por la creación y la consolidación de una crítica que sea al mismo tiempo moderna y nacional. Una crítica que sea la obra de una personalidad refractaria a toda forma de "colonización" espiritual o de colonialismo puro y simple (tal el caso, bien conocido, de José Martí) (21).

Pero al desarrollo de estos estudios de literatura comparada no los estorba sólo el criterio colonizador que hemos mencionado antes, sino también, entre escritores e investigadores de estos propios países de surgimiento periférico, lo que podríamos llamar su patético bovarismo, el cual lleva tanto a algunos latinoamericanos como a algunos de esos otros europeos a soñarse metropolitanos desterrados. Para ellos, una obra producida en su órbita inmediata (¿y qué decir de la producida en la periferia trasatlántica?) sólo merece su interés si previamente ha conocido la sanción metropolitana: y esa sanción les da además los ojos para verla. Estos son los verdaderos periféricos, los colonizados sin remedio, que parecen ignorar que, con la aparición del socialismo, los países capitalistas son los que, cada vez más, van quedando situados al margen de lo que es hoy la línea central de la historia.

Deslindes

Al ir a abordar cuestiones específicamente literarias, el problema inicial, básico, es el de dilucidar lo que es y lo que no es literatura: esa tarea era considerada los "prolegómenos a una teoría literaria" por Alfonso Reyes, en el que sigue siendo el libro hispanoamericano clásico sobre esta cuestión: *El deslinde. Prolegómenos a una teoría literaria* (México. 1944) (22). Con extremada agudeza y complicado aparato (23), Reyes se propone allí establecer los límites entre la literatura y otras producciones humanas: la historia, la ciencia de lo real, la matemática, la teología. Pero entiende que antes de acometer sus arduos trazados de linderos, hay que hacer un trazado previo:

antes de confrontar la literatura con la no literatura, tenemos que emprender una decantación previa que separe el líquido del depósito. Nuestro objeto será reconocer el líquido como tal líquido y el depósito como tal depósito, pero en manera alguna negar el derecho, y menos la existencia, de las distintas mezclas. Para distinguir rectamente, en la literatura, la agencia pura o sustantiva de la adjetiva o ancilar, estudiaremos la función ancilar [p. 29].

Poco antes, nos ha dicho:

Sin cierta indole de asuntos no hay literatura en pureza, sino literatura aplicada a asuntos ajenos, literatura como servicio o ancilar. En el primer caso —drama, novela o poema— la expresión agota en sí mismo su objeto. En el segundo —historia con aderezo retórico, ciencia en forma amena, filosofía en bombonera, sermón u homilía religiosa— la expresión literaria sirve de vehículo a un contenido y a un fin no literario. [p. 26].

Y más adelante: “Si hay, pues, en la literatura, una fase sustantiva y una adjetiva, descartemos ésta para quedarnos con la esencia” [p. 30].

No hay duda: para Reyes, por una parte, existe “la literatura en pureza”, “el líquido”, “la agencia pura o sustantiva”, la “esencia”, que se manifiesta en “drama, novela o poema”, y en la cual “la expresión agota en sí mismo su objeto”; y, por otra parte, “literatura aplicada a asuntos ajenos, literatura como servicio o ancilar”, “el depósito”, a cuyas “distintas mezclas”, si bien “no se les niega el derecho y menos la existencia”, se las considera agencia “adjetiva o ancilar”, y merecedoras de la sonriente ironía de Reyes: “historia con aderezo retórico”, “ciencia en forma amena”, “filosofía en bombonera...”; allí “la expresión literaria sirve de vehículo a un contenido y a un fin no literario”.

Estas nociones, a las cuales llega Reyes con su enfoque fenomenológico —o “fenomenográfico”, como preferirá decir luego para evitar confusiones (24)—, emparentan a este con otros “deslindes” relativamente recientes, aunque el de Reyes suela ser mucho más minucioso y demorado. Acaso el más notorio de ellos sea el expuesto por el entonces formalista ruso Roman Jakobson en *La nueva poesía rusa. Esbozo primero: Velimir Jlebnicov*, texto que Reyes pareció desconocer; cosa explicable, si se piensa que, escrito y publicado en ruso, y editado en Praga en 1921, fue solo en 1973 cuando apareció, fragmentariamente, en francés (25). En aquel trabajo de Jakobson se encuentra su famosa definición tantas veces citada de segunda (y hasta de tercera) mano: “el objeto de la ciencia de la literatura no es la literatura sino la literaridad, es decir, lo que hace de la obra dada una obra literaria” (p. 15).

Retengamos, junto a esta observación de Jakobson que tantos formalistas y paraformalistas harían suyo (26), estas otras dos:

- a) “Una poética científica no es posible sino a condición de que ella renuncie a toda apreciación: ¿no sería absurdo que un lingüista juzgara, en el ejercicio de su profesión, los méritos comparados de los adverbios?” (p. 12-13) (27).
- b) “Hacer asumir al poeta la responsabilidad de las ideas y los sentimientos es tan absurdo como lo sería el comportamiento del público medioeval que llenaba de golpes al actor que hacía el papel de Judas...” (p. 16).

Una ciencia literaria que dice renunciar a toda apreciación; un escritor irresponsable de ideas y sentimientos expresados en su obra: tal oquedad es la contrapartida de la “literaridad” expuesta por Jakobson —la cual, a pesar de su alborotada pretensión de modernidad, no es sino un corolario tardío de la decimonómica teoría del “arte por el arte”—, e ingeniosamente defendida por él así: “...hasta ahora, los historiadores de la literatura se parecían más bien a ese policía que, proponiéndose arrestar a alguien, prendiera al azar a

todo el que encontrara en la casa, así como a las gentes que pasaran por la calle." (p. 15). Tal procedimiento, como sabemos bien los lectores de novelas policiacas, es groseramente defectuoso. Sólo que lo que nos propone Jakobson es que el historiador de la literatura-policía, al entrar en la casa, arreste de inmediato al mayordomo; lo cual los lectores de novelas policiacas sabemos que no es menos ridículo y falso que lo anterior.

Pero si este planteo resulta inaceptable, otro formalista ruso —acaso el que fuera más lejos entre todos ellos—, Yuri Tinianov, señaló tres años más tarde, en "El hecho literario", 1924 (28), a propósito del concepto de "literatura", que "todas sus definiciones estáticas y fijas son liquidadas por la evolución. Las definiciones de la literatura construidas sobre sus rasgos 'fundamentales' chocan contra el **hecho literario** vivo" (p. 26). Y más adelante: "Sólo en el plano de la evolución estamos capacitados para analizar la 'definición' de la literatura" (p. 31). Y es esa evolución la que nos revela no sólo que "resultan inciertos" los "límites de la literatura, su 'periferia' y su zona de frontera", sino incluso su propio "centro"; es decir, lo que era "centro" puede volverse marginal, y viceversa (p. 27).

Tres años después de aquel ensayo, Tinianov lo complementaba con otro "Sobre la evolución literaria" (1927) (29), donde señalaba cómo

la existencia de un hecho como **hecho literario** [...] depende de su función. Lo que es "hecho literario" para una época será un fenómeno lingüístico perteneciente a la vida social para otra, e inversamente [...]

Así, por ejemplo, una carta a un amigo de Derjavin es un hecho de la vida social; pero, en la época de Karamzin y de Pushkin, esa misma carta amistosa es un hecho literario. Las memorias y los diarios tienen un carácter literario en un sistema literario, y, a su vez, muestran un carácter extraliterario en otro [p. 49].

Estas ideas, que encontrarían desarrollo en la teoría (y la praxis) literaria de Brecht (30), y en lo mejor del círculo de Praga (31), son indudablemente fértiles cuando afrontamos una literatura como la hispanoamericana.

De entrada, prescindiremos del intento apriorístico de un **deslinde** de nuestra literatura: en vez de pretender **imponerle** ese deslinde, **preguntaremos** a nuestra literatura, a sus obras concretas.

Ya en 1951, José Antonio Portuondo, al querer destacar "el rasgo predominante en la novela hispanoamericana", había dicho:

El carácter **dominante** en la tradición novelística hispanoamericana no es [...] la presencia absorbente de la Naturaleza, sino la preocupación social, la actitud criticista que manifiestan las obras, su **función instrumental** en el proceso histórico de las naciones respectivas. La novela ha sido entre nosotros documento denunciador, cartel de propaganda doctrinal, llamamiento de atención hacia los más graves y urgentes problemas sociales dirigido a las masas lectoras como exitante a la acción inmediata (32).

Cerca de veinte años más tarde, Portuondo no limitaría ya ese "carácter **dominante**" a la novelística, y escribiría:

Hay una **constante** en el proceso cultural latinoamericano, y es la determinada por el carácter predominantemente **instrumental** —Alfonso Reyes diría “ancilar”— de la literatura, puesta, la mayor parte de las veces, al servicio de la sociedad [...] Desde sus comienzos, el verso y la prosa surgidos en las tierras hispánicas del Nuevo Mundo revelan una actitud ante la circunstancia y se esfuerzan en influir sobre ella. No hay escritor u obra importante que no se vuelque sobre la realidad social americana, y hasta los más evadidos tienen un instante apoloético o criticista frente a las cosas y a las gentes (33).

Si la tesis sobre la **dominante** de la **función instrumental** de la literatura hispanoamericana es aceptable, como nos lo parece, se verá lo discutible que resulta **para nuestra literatura** el “deslinde” propuesto por Reyes, según el cual hay una manifestación esencialmente **literaria** —digamos, el despliegue mayor de la **literaridad**— en ciertas obras literarias que ocuparían, supuestamente, el centro de la literatura; y obras híbridas, que no pueden ser sino la manifestación marginal de la literatura, nacida allí donde la **literaridad** se amulata con otras funciones.

Sucede, sin embargo, que la línea central de nuestra literatura parece ser la amulata, la híbrida, la “ancilar”; y la línea marginal vendría a ser la purista, la estrictamente (estrechamente) “literaria”. Y ello por una razón clara: dado el carácter dependiente, precario de nuestro ámbito histórico, a la literatura le han solido incumbir funciones que en las grandes metrópolis le han sido segregadas ya a aquella. De ahí que quienes, entre nosotros, calcan o trasladan estructuras y tareas de las literaturas en las metrópolis —como es lo habitual en el colonizado—, no suelen funcionar eficazmente, y en consecuencia producen por lo general obra defectuosa o nula, **pastiche** intrascendentes; mientras quienes no rechazan la hibridez a que los empujan las funciones requeridas, son quienes suelen realizarse como escritores realmente creadores. Nuestra literatura confirma los criterios de Tinianov, verificando no sólo lo inaceptable de los límites apriorísticos de la literatura, sino también en qué medida lo que parecía (o incluso era) central puede volverse marginal, y viceversa. El desconocimiento de estos hechos explica, por ejemplo, la incongruencia de quienes, a propósito de Martí, el mayor escritor latinoamericano (“supremo varón literario” lo ha llamado Reyes con entera justicia (34), desautorizando así de paso algunas ideas de su propio **deslinde**), han insistido en deplorar el carácter “ancilar” de aquella obra magna, la cual, se dice, no pudo explayarse en los géneros supuestamente mayores: e ignoran, por aceptar categorías otras, que, como el aire para la paloma de Kant, aquel carácter “ancilar” no fue el obstáculo sino la condición para que se alzara la grandeza concreta de la obra concreta de Martí, expresión fiel y arquetípica de la literatura de nuestra América.

Géneros

No se han solido destacar suficientemente estos hechos, que obligan a replanteos, y por lo pronto a reconocer el predominio en nuestras letras de géneros considerados “ancilares”: crónicas como las del Inca Garcilaso; discursos como los de Bolívar o Fidel; artículos como los de Mariátegui; memorias como las de Pocaterra o muchas de las llamadas “novelas” de la Revolución

Mexicana (35); diarios, no de lucubraciones subjetivas (Amiel, Gide), sino de campaña, como el del Che Guevara; formas "sociográficas" como el **Facundo** o como muchos testimonios actuales: no es un azar, sino una comprobación, el que Martí sobresalga soberanamente en estos géneros, y en otros cercanos como la carta. Al lado de ellos, han solido empalidecer los otros géneros, supuestamente centrales —en nuestro caso, obviamente laterales—: aunque, para seguir ateniéndonos a los hechos, habrá que exceptuar de ese empalidecimiento a la poesía —en la cual, por cierto, también sobresalió Martí.

Ya hace treinta años, el crítico marxista norteamericano H.R. Hays hizo ver que "quizás no se exagere al decir que, dentro de la literatura internacional, la mejor contribución hispanoamericana es la de la poesía" (36). Pero hay que añadir, de inmediato, que se trata de una poesía que suele preferir lo instrumental, y en la que, en todo caso, se producen singulares alteraciones en relación con las corrientes metropolitanas. Szabolsci, quien destacó que en nuestros países "la poesía ocupa un lugar privilegiado", hizo ver también, por ejemplo, cómo el simbolismo en Rumania "se convirtió en una escuela con grandes poetas, pero al precio de una transformación, de una adaptación, de una folclorización". Esa "transformación", esa "adaptación", esa "folclorización", ¿no están presentes en lo más creador y genuino de toda nuestra poesía? Pudiera parecer que la voluntad de muchos románticos de volverse a las fuentes populares explica plenamente la existencia de un poema como **Martín Fierro**; pero no debe olvidarse que la tremenda originalidad de esta obra esencial de nuestra poesía es tal, que cuando apareció, si bien los escritores argentinos más o menos convencionales de entonces escribieron al autor celebrando su obra, "es dudoso", como observó con su habitual agudeza Pedro Henríquez Ureña, "que ninguno la considerase 'literatura', exactamente igual a como, por aquellos mismos días, ocurría en los Estados Unidos con las canciones de Stephen Foster, que, para los músicos cultos, podían ser excelentes en su estilo, pero no 'música', es decir no la música que se oía en los conciertos" (37). En cuanto al modernismo, tan dado al "rebusco imitado" (38) en la arrancada, solo aquellas alteraciones explican que condujera en su madurez al **Canto a la Argentina**, a los **Poemas solariegos**, a un reencuentro con nuestras realidades que desarrollaría por ejemplo **Tala**; y otro tanto, con las variantes del caso, puede decirse de nuestro vanguardismo, al cuajar en la profunda voz mestiza, inconfundiblemente nuestra, revolucionaria, de Vallejo y Guillén, o en el **Canto general** que retoma y ensancha el propósito de Bello.

A veces, no sólo corrientes literarias, sino incluso formas estróficas sufren una curiosa mutación de funciones en nuestros países. Pocos casos más ejemplares, en este sentido, que el de la décima. Surgida en España durante la segunda mitad del siglo XVI (39), en el seno de los medios cultos, como revela su complicada arquitectura, vendría a ser, sin embargo, la estrofa predilecta de buena parte de la poesía popular hispanoamericana; "sólo aparece en la poesía popular de América", dice Magis (40). Para añadir más interés a este hecho, allí donde, al parecer, comenzó esta primacía de la décima como estrofa de la poesía popular hispanoamericana, es decir, en las Antillas de lengua española (41), la estrofa tradicional preferida por la poesía popular española, el romance, no ha sido nunca de elaboración popular, sino hechura poco arraigada de poetas cultos. La mejor estudiosa del romance en Cuba, Carolina Poncet (42), lo ha señalado reiteradamente: "Los romances no han constituido nunca en Cuba un género literario popular" (p. 13); "el romance [ha]

sido siempre aquí planta exótica" (p. 15); "donde verdaderamente florece la espinela es en la poesía genuinamente popular cubana" (p. 20); "mientras más carácter popular haya tenido o pretendido tener una tendencia literaria, mayor habrá sido la importancia concedida en ella a la décima" (p. 26). No está demás recordar que la mayor parte del *Martín Fierro* está escrita en una curiosa estrofa que no es sino una décima trunca (43), siendo la décima la estrofa habitual de los *payadores* rioplatenses; y que en décimas escribió su autobiografía la extraordinaria Violeta Parra; ambas obras, por otra parte, magníficas muestras de fusión de la poesía culta y la popular en Hispanoamérica.

Me he detenido un poco —mucho menos de lo que hubiera querido— en esta relación *décima / romance, culto / popular*, porque es un excelente ejemplo de cómo sólo la concreta encarnación histórica, y no el abordaje apriorístico, puede revelarnos las verdaderas características y funciones de un hecho literario. La estrofa complicada, de raíz culta en España, se vuelve popular en tierras americanas, mientras la estrofa más suelta, desarrollada por el pueblo español, pasa a ser de factura culta entre nosotros. No es sino un ejemplo más, entre muchas mutaciones similares. ¿Acaso en nuestros mismos días, el tono coloquial, sencillo, limpio de metáforas de la poesía hispanoamericana, no revela su proveniencia culta, mientras —con aparente paradoja— la poesía popular, en especial la que se vale precisamente de décimas, utiliza un lenguaje encrepado, con metáforas complicadas que parecen mirar a los barrocos? Pero con esto nos hemos alejado algo de nuestro tema: el predominio de la poesía en nuestra literatura, al menos entre los géneros no obviamente ancilares.

Solo que al regresar al tema, lo primero que habrá que hacer será poner en tela de juicio esta declaración, la cual, de ser sostenida hoy sin más, supondría por nuestra parte esa desatención a la historia concreta que es la bestia negra de estas líneas. Si hace treinta años era difícil contradecir la opinión de Hays —en 1941 podía escribir Waldo Frank que los poetas de nuestra lengua eran "sin disputa el mejor conjunto de poetas en el mundo de hoy" (44)—, por esa misma época, con autores como el cubano Alejo Carpentier y el peruano José María Arguedas, se había iniciado un crecimiento de nuestra novelística (45) que unas décadas después permitiría enseñar al mundo esas "grandes muestras de la novelística latinoamericana" de que habla Schnelle (y muchísimos con él). Por supuesto, no se trataba sólo de cambios literarios —sobre los cuales el propio Alejo Carpentier teorizaría agudamente (46). Hays conjeturó que aquella "superioridad de la poesía dentro de la literatura de Hispanoamérica parece deberse en parte a la mezcla feudal de grandes masas en estado primitivo con la levadura de una reducida minoría intelectual", mientras que "en la literatura universal, el pleno desarrollo de la novela parece coincidir con la compleja integración de la sociedad de tipo industrial" (47). Schnelle, por su parte, al preguntarse por la "época a la [que] pertenece históricamente hablando" la nueva novela latinoamericana, se responde: "A la época de la liberación nacional latinoamericana, a la época de una revolución también de burguesías nacionales, en una palabra, a la época en que vive hoy América Latina" (48); y Dessau considera que "el auge de la novela latinoamericana en los últimos tiempos está condicionado por el alto grado en que abarca la historia y el futuro concentrados alrededor del hombre y del pueblo que, a través de las distintas formas de su conciencia, forjan su propia historia" (49). Sin necesidad de proponer homologías simétricas

como las que establece Lucien Goldmann entre la llamada "nueva novela" en Francia y el estado de la sociedad capitalista en aquel país con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial (50), sólo al precisar las relaciones entre literatura y clases sociales en nuestra América —tarea aún no realizada— será dable explicar de modo suficiente el hecho singular de que la novela hispanoamericana, que había sido la habitual parienta pobre (junto con la dramaturgia) en nuestras letras, haya alcanzado tal relieve en estos años recientes; años que han visto la aparición y el desarrollo de la primera revolución socialista en América, el comienzo del debilitamiento del imperialismo norteamericano, y un crecimiento de la afirmación nacionalista en nuestros países.

Historia de la literatura

Una teoría de la literatura no puede dejar de considerar, también, la teoría de la historia y la teoría de la crítica de esa literatura. Como ha dicho con razón Rita Schober al hablar de un problema central de la historia literaria —la periodización, a la que nos referiremos más tarde—, tal problema "no concierne en primer lugar al dominio restringido de la historia literaria, sino más bien al de la teoría literaria en general" (51). En cuanto al vínculo entre ambas disciplinas, historia y crítica, Lunacharski, en la tercera de sus "Tesis sobre las tareas de la crítica marxista", había explicado:

Suele hacerse una distinción entre las tareas del crítico y las del historiador literario, y en esas ocasiones la distinción se traza entre investigación del pasado e investigación del presente, como entre, por una parte, la investigación objetiva de una obra dada, de su lugar en la trama social, y de su influencia en la vida social —en el caso del historiador literario—, y, por la otra, la valoración de una obra dada desde el punto de vista de sus méritos y defectos formales o sociales —en el caso del crítico. Para el crítico marxista tal división pierde casi todo su valor (52).

Frente al ahistoricismo paraformalista, es imprescindible subrayar con energía este criterio, que por supuesto compartimos plenamente; historia y crítica literarias son anverso y reverso de una misma tarea; es irrealizable una historia literaria que pretenda carecer de valoración crítica; y es inútil o insuficiente una crítica que se postule desvinculada de la historia (así como ambas mantienen relaciones esenciales con la correspondiente teoría literaria). Si especificidades concretas competen a cada una de ellas, tales especificidades no las desgarran ni desunen, pues ambas disciplinas se remiten constantemente una a la otra para alimentarse mutuamente. Es con este punto de vista que el colombiano Carlos Rincón ha realizado su trabajo "Sobre crítica e historia de la literatura hoy en Hispanoamérica" (53), notable exposición de muchos de los principales problemas actuales de ambas en nuestro Continente. Aquí sólo rozaremos algunas cuestiones sobre las que se ha insistido menos en aquella investigación, y de modo destacado, lo tocante a la periodización. (Otros aspectos relativos a la historia, los mencionamos a lo largo de este trabajo).

Así como al hablar de géneros fundamentales en nuestra literatura no se trataba tanto de perseguir géneros inventados como de señalar géneros predominantes, de ver cómo se jerarquizan y mezclan en Hispanoamérica, es nece-

sario proceder de modo similar en lo que toca a los períodos de nuestra historia literaria.

Aunque algo se ha escrito sobre este tema entre nosotros, en general los trabajos suelen mirar a problemas metropolitanos o "generales" (54). Por ello tiene particular importancia el estudio de José Antonio Portuondo "‘Períodos’ y ‘generaciones’ en la historiografía literaria hispanoamericana" (55), donde el autor pasa revista a las principales periodizaciones propuestas para nuestra literatura hasta la fecha en que él escribe (1947) —extrañamente, omite la importante de Mariátegui en sus *Siete Ensayos...* (56)—, y concluye ofreciendo otra. Para Portuondo, Pedro Henríquez Ureña (en *Corrientes literarias en la América hispánica*) "llevó a cabo la empresa de escribir la historia de las letras hispanoamericanas como narración de los esfuerzos sucesivos de las generaciones en busca de nuestra expresión". Y luego: "Ese es, cabalmente, el camino mejor, acaso el único para la historiografía literaria hispanoamericana" (p. 90). Y luego aún: "ahora nos es mucho más fácil percatarnos de la autonomía de la literatura sin perjuicio de su estrecha relación con las demás esferas de valores culturales" (p. 91). A continuación, Portuondo ofrece su propia periodización (ocho períodos: desde "El Descubrimiento y la Conquista [1492-1600]" hasta "Proletariado y purismo [1916-19...]"), que explica así:

En la división cronológica que proponemos, cada período está caracterizado por el predominio de una determinada actitud o tendencia literaria, y aun cabe lugar para las individualidades y grupos aislados que pudieran no integrarse en las mayores unidades generacionales [...]. En todos los casos hemos procurado mostrar tanto la continuidad histórica de nuestras letras como la presencia, en todas sus etapas, del ya descrito juego dialéctico de populistas y formalistas. Las denominaciones de cada período se contraen a su contenido [...]. En cualquier caso, nuestro ensayo periodológico aspira principalmente a proponer un tema de discusión a los historiadores de la literatura hispanoamericana y a los especialistas en teoría literaria [p. 98-99].

En el libro de 1958 donde recogió el trabajo anterior, Portuondo añadió un "Esquema de las generaciones literarias cubanas", en cuya primera parte complementa aquel trabajo anterior, y comenta la periodización propuesta por Enrique Anderson Imbert, que Portuondo estima que supera, "en buena parte, la indecisión cronológica de Pedro Henríquez Ureña y la nuestra de 1947" (p. 104). Anderson Imbert se vale del método generacional, que Portuondo, aunque impugnando su empleo reaccionario (v. "Realidad y falacia de las generaciones" en aquel libro), ha utilizado él mismo. En cambio, Rincón enjuicia implacablemente ese método, y su empleo por Anderson Imbert:

Hay ante todo un hecho insoslayable que pone en cuestión el criterio idealista generacional como principio periodizador. Una "conciencia generacional" solo ha resultado posible tras el establecimiento de la sociedad burguesa en Europa. [...] Es decir, que bajo el antiguo régimen —el cual se extiende en la América Latina hasta las postrimerías del siglo XIX casi en general— no era posible el surgimiento de una conciencia generacional de ninguna es-

pecie como correlato del comienzo de un nuevo estilo literario [...] El término no tiene entonces derecho de proyectarse retrospectivamente (57).

No coincidiendo, evidentemente, con este criterio, Portuondo, en aquel libro suyo de 1958, ofrecía aún otra periodización provisional, estrictamente atendida a la división generacional, y explicaba: "El desarrollo del esquema, simplemente enunciado ahora, será objeto de un trabajo posterior, en vías aún de ensayo e investigación" (p. 100, n.) Desgraciadamente, Portuondo —uno de los hombres mejor capacitados para acometer esa tarea— no lo ha hecho aún. Y Rincón, por su parte, no ofrece en este aspecto una hipótesis de trabajo, concluyendo su estudio: "el trabajo que está por cumplirse no es concebible en forma distinta a una amplia labor colectiva" (p. 147).

Para la realización de esa imprescindible tarea, son del mayor interés los materiales del coloquio internacional sobre problemas de periodización en historia literaria realizado en Praga en 1966 (58), el cual, aunque centrado en la literatura francesa, la desbordó largamente, ofreciendo consideraciones de evidente utilidad para nosotros. Como explica en las palabras iniciales el profesor checoslovaco Jan O. Fischer: "se ha comenzado por los problemas metodológicos generales, continuando con la materia concreta de la historia literaria francesa [...], y terminando por los problemas de literatura comparada y universal" (p. 5).

En la imposibilidad de glosar todos estos materiales, nos detendremos en dos que consideramos particularmente interesantes para nosotros; el del profesor checoslovaco Oldrich Belic y el de la investigadora soviética Zlata Potapova.

De la intervención de Belic, "La periodización y sus problemas" (59), vamos a citar sus puntos centrales:

- a) "La base de un buen método de periodización será [...] necesariamente empírica [...]. Y estos rasgos y síntomas descubiertos de manera empírica se transformarán, en el método, en criterios" (p. 18).
- b) "Si se logra definir la idea o el concepto 'metodológico' de un período, no se podrá erigirlo en modelo abstracto, en esquema, y aplicarlo mecánicamente a cualquier literatura (p. 19).
- c) "No puedo negar la existencia y la importancia de los factores inmanentes [...]. Pero estoy persuadido de que el papel principal pertenece a las fuerzas motrices extraliterarias" (p. 19).
- d) "Para revelar y describir la evolución literaria se deben utilizar exclusivamente criterios literarios; para explicarla será necesario recurrir a factores extraliterarios" (p. 20).
- e) Sobre la "denominación de los períodos":
 - i) "Las denominaciones no serán sino etiquetas".
 - ii) "Es necesario no confundir o identificar periodización y denominación. Y lo que importa es siempre la periodización".
 - iii) "En cuanto a la solución práctica del problema, creo que se deberían conservar las denominaciones consagradas por el uso allí donde existen. Y donde no existen, sería ventajoso vincular la literatura, por medio de la denominación, a las otras actividades del grupo social correspondiente, especialmente a su actividad histórica" (p. 21).

A estas observaciones, de validez general, debemos añadir las que ofrece Zlata Potapova en "Algunos principios generales sobre la periodización en la **Historia de la literatura mundial** (sobre todo en los volúmenes consagrados a los siglos XIX y XX)", que se refiere a la historia de la literatura mundial que prepara el Instituto M. Gorki, de Literatura Mundial, de la URSS (60). Para esta autora, después de "describir las tendencias determinantes del proceso literario en la evolución histórica de las literaturas nacionales" (p. 68), "la segunda particularidad importante" de aquella **Historia** "es el deseo y el deber de sus autores de mostrar paralelamente el desarrollo de las literaturas del mundo entero liberándose al mismo tiempo del principio eurocentrista en el análisis de la materia", para lo cual les es "absolutamente indispensable elaborar una periodización que sería válida tanto para el Occidente como para el Oriente, permitiendo así aprehender las leyes generales de la evolución literaria mundial sobre una base histórica dada, digamos para Rusia y la América Latina..." (p. 69). Y más adelante: "la periodización histórica debe ayudar a la generalización teórica de los procesos internacionales, ya que precisamente la noción misma de 'literatura mundial' está vinculada a ellos" (p. 59). Y más adelante aún: "Debo confesar que hasta hoy no hemos elaborado un concepto único y perfectamente válido" (p. 70).

A partir de trabajos similares, es menester volver a abordar la periodización de nuestra historia literaria, la cual, si por una parte no puede dejar de mostrar absoluta fidelidad a nuestras características concretas, y será por ello, como dice Belic con razón, "necesariamente empírica"; por otra parte, no puede dejar tampoco de tomar en consideración nuestro engarce con el resto del mundo, según lo plantea la Potapova: los "periodos" de nuestra historia literaria serán inequívocamente nuestros: ¿pero lo serán tanto que no tengan nada que ver con los "periodos" de las historias literarias de aquellos países con los que hemos estado vinculados o con cuyas estructuras tenemos grandes semejanzas? Por supuesto que no: serán nuestros, porque implicarán un engarce con el resto del mundo, de una manera peculiar; porque serán momentos nuestros de estar en el mundo. Nuestros orígenes coloniales, nuestro subsiguiente proceso neocolonial, y la trabajosa configuración de un rostro propio a través de nuestra historia, hacen de este señalamiento de periodos una ardua tarea. A la mera aceptación de las categorías y denominaciones metropolitanas no puede oponérsele, tampoco aquí, una tabla rasa tan feroz como ingenua, sino una búsqueda concreta y una delimitación cuidadosa. En ello estamos. Mientras, por ejemplo, nuestro "modernismo" sigue siendo objeto de enconadas polémicas (61), últimamente ellas abarcan también a nuestro "barroco" y nuestro "romanticismo". Frente a ciertas apreciaciones equívocas del primero, Leonardo Acosta dirá que el barroco, tomado en un sentido histórico preciso, fue

un estilo importado por la monarquía española como parte de una cultura estrechamente ligada a su ideología imperialista. Su importación tuvo, desde el principio, fines de dominio en el terreno ideológico y cultural. Esto no implica una valoración estética negativa. Pero si estimamos necesaria una toma de conciencia respecto a la verdadera significación del barroco, que es un fenómeno estrictamente europeo, y al imperativo de elaborar nuestras propias formas artísticas en la etapa de la liberación económica, política y cultural de la América Latina, formas que en una se-

rie de aspectos serán todo lo contrario del barroco (62).

En lo que toca al romanticismo, Federico Alvarez (63), para quien "la cuestión romántica está en estrecha relación con la conciencia nacional de la burguesía" (p. 75), plantea:

resistiéndome a trasladar mecánicamente las periodizaciones literarias europeas del siglo XIX, defiendiendo la idea de que la incipiente burguesía hispanoamericana se expresa literariamente, a raíz de la independencia, en el marco de un extenso **eclecticismo**, del que muy pronto se va desgajando el **realismo** cimero, progresista, social, de nuestras más altas figuras decimonónicas. Junto a él se desarrolla también un extenso y caótico movimiento de imitación servil a los modelos románticos europeos, cúmulo de **pastiches** [...] y por último un **romanticismo** cabal, forzosamente tardío (último tercio del siglo) y mitigado [p. 75-76] [del que es ejemplo, para este autor, **Tabaré** (1888)].

Mirta Aguirre (64), por su parte, no duda de "la existencia de un romanticismo latinoamericano —el que [...] está ahí—, por más que no falten quienes quieran negarla por aquello de que no reproduce con exactitud lo europeo" (p. 413). Sin embargo, quizás sería posible poner de acuerdo a estos autores, si se repara en que cuando Alvarez habla de resistirse a "trasladar mecánicamente las periodizaciones literarias europeas del siglo XIX", evidentemente piensa en la "Europa" occidental de desarrollo capitalista, y no en la **otra** Europa, la periférica, a propósito de la cual Mirta Aguirre nos dice que se produjo "en los países social y económicamente más atrasados —Polonia, Hungría [...]—, una aproximación entre literatura y política en la que lo romántico fue, de hecho, una misma cosa con los impulsos patrióticos por la libertad nacional, un tanto al estilo de lo que sucedió en Italia" (p. 26). Y más adelante: "hubo románticos más o menos retardatarios y más o menos avanzados de ideas. Y estos últimos hay que buscarlos, mejor que en Francia, en Italia, en Polonia, en Hungría o en la etapa predecembrista rusa, allí donde el auge románticista coincidió con luchas antifeudales y por la independencia nacional" (p. 411). Es evidente que ese **otro** romanticismo, el de la Europa **otra**, la de "los países social y económicamente más atrasados"; ese romanticismo que se hizo "una misma cosa con los impulsos patrióticos por la libertad nacional", que "coincidió con luchas antifeudales y por la independencia nacional", es el que sí podemos acercar a **nuestro** romanticismo. Entonces nos será dable aceptar tal denominación sin sentir que estamos trasladando "mecánicamente las periodizaciones literarias europeas".

Crítica literaria

"La crítica", repetía Martí con apego etimológico, es "ejercicio del criterio"; y esa definición, tan modesta como irreproachable, lleva a nuevas preguntas: ¿de qué criterio se trata?; ¿tiene sentido una crítica no valorativa?; si valoramos, ¿cómo arribamos a nuestra tabla de valores?; ¿es posible —o deseable— valorar sólo estéticamente? Desde luego, ni puede responderse con simplezas a esas preguntas, ni es eludible su carácter polémico.

En primer lugar, una cuestión es evidente: con cualquier criterio puede realizarse la crítica; pero cualquier criterio no es igualmente aceptable. Para nosotros, hay una línea divisoria inmediata; la crítica de los colonizados, la crítica colonizada, no sólo es incapaz, por supuesto, de dar razón de nuestras letras, sino que, de modo más o menos conciente, realiza una tarea dañina, al tergiversar la apreciación de una literatura cuyo mérito central es, precisamente, contribuir a expresar y aun a afirmar nuestro ser. En esta categoría hay que situar a colonizados puros, militantes, que realizan un traslado ramplón de cuanta cáscara de teoría cae de manteles occidentales; y a colonizados impuros o más maliciosos. Podemos prescindir aquí de sus nombres, tan divulgados por cierta previsible política editorial. Pero incluso gente honesta, que no podría confundirse con la anterior, coincide parcialmente con ella al reclamar, por ejemplo, un "Che Guevara del lenguaje". Las obras del Che —sus discursos, sus testimonios, sus artículos, sus cartas, su diario— están en la línea central de la literatura hispanoamericana a que nos hemos referido; por tanto, el Che Guevara del lenguaje propio de nuestra América es... el Che Guevara. Aquella expresión, con fraseo más limpio, retoma las tesis de los colonizados; viene a demandar, para volver a las palabras de Szabolsci, hacer estallar "la caparazón lingüística" del español hablado en Hispanoamérica, como desde hace algún tiempo, digamos, hacen con su lengua ciertos escritores burgueses franceses. Pero lo característico, lo ejemplar del Che Guevara es, precisamente, no plegarse en nada a las demandas colonizantes —ni en su actuación política ni en su escritura—, y ello lo hace ser quién es. Un "Che Guevara del lenguaje" tendría la pequeña desventaja de no tener nada que ver con el Che Guevara; ni, por extensión, con nuestra América. Naturalmente que ni proponemos la mansa aceptación del idioma recibido, ni desconocemos las diferencias que hay entre formas literarias distintas (el testimonio, la novela, el poema, por ejemplo); pero aquella metáfora infeliz, después de todo, no fue aducida por nosotros. En conclusión: sólo puntos de vista descolonizados permiten hacer justicia a nuestras letras.

Por otra parte, una crítica no valorativa como la que postulara Jakobson y dicen ejercer muchos, presenta para nosotros, por así decir, dos defectos: uno general y otro particular. Si bien son indudables el interés y la utilidad que puede tener describir con precisión las estructuras de una obra literaria, el que ello se realice sin remisión alguna a la valoración de la obra hace que aquella tarea se ejerza sobre un objeto que lo mismo debe merecer nuestra admiración que nuestra indiferencia, o incluso nuestro rechazo. En realidad, sin embargo, esta aparente "crítica sin criterio", que arroja a la valoración puertas afuera, la hace ingresar por la ventana; el criterio valorativo se ejerce al escogerse la obra objeto de atención, está implícito en esa escogida; sólo que el "crítico" que considera indigno de sí entrar a discutir ese hecho, pretende imponernos tranquilamente su decisión. La obra, parece decirnos, es por supuesto buena, y la prueba, si prueba hiciera falta, es que él trabaja sobre ella.

Por otra parte, ese trabajo aparentemente contagiado por el del lingüista (en realidad, colonizado por él), ¿no tiene el irrefutable rigor de una labor científica? ¿No se ha llegado así, por fin, a contar con un estudio estrictamente científico de la obra literaria? No es la primera vez que al ser una disciplina colonizada por otra, se padecen estragos de este tipo. Por ejemplo, el traslado mecánico a la historia de ciertos aspectos descubiertos por Darwin para las ciencias naturales, trajo como lamentable consecuencia que

el racismo pudiera citar en su apoyo, al parecer, a la ciencia. Cuando Sarmiento, algunos prohombres del positivismo mexicano o Ingenieros defendían su rampante racismo, creían estar apoyados en una base sólidamente científica (65); ignoraban que las "razas" son primordialmente hechos históricos, no biológicos, y que, en consecuencia, no se les puede entender con el supuesto apoyo de otra ciencia, que no es aquella que les corresponde, y dejarse en el tintero el problema específico, concreto; cuando en el siglo XX, en nuestros propios días, estudiosos de literatura colonizados por la lingüística proclaman con orgullo el carácter científico de su tarea, no hacen sino esgrimir argumentos pseudo-científicos para sus labores neorretóricas; sin duda útiles, aunque modestas, y por supuesto acriticas, o a lo más precriticas.

La lingüística, cuyo fin es el estudio del lenguaje, es por ello obligadamente anaxiológica; la crítica literaria, en cambio, trabaja con obras literarias, cuyo medio es el lenguaje, y declararla anaxiológica es privarla de sentido último. Por supuesto que puede realizarse, incluso con gran provecho, un estudio lingüístico de un texto literario, como de un texto jurídico o de uno histórico; pero si el primer estudio es ya crítica literaria, entonces el segundo es del dominio de la jurisprudencia, y el tercero de la historiografía, lo que no parece muy defendible que digamos. La verdad es que la crítica literaria colonizada por la lingüística (que no debe confundirse con la alimentada por ella) no es más científica que el racismo apoyado en una torpe colonización de la historia por las ciencias naturales. En ambos casos, estamos en presencia de realidades pseudocientíficas, característicamente ideológicas, tomando "ideología" en el sentido marxista de falsa conciencia. Por supuesto, esta *reductio ad absurdum* no debe hacernos olvidar la diferencia esencial entre esas dos formas ideológicas; diferencia que radica en el hecho de que el racismo es todo él anticientífico; mientras que en el caso de la crítica invadida por la lingüística, lo anticientífico, como tendremos ocasión de repetirlo, es el desbordamiento de la función que puede y debe desempeñar esta ciencia como método auxiliar de la crítica, no como sustituto de ella.

Pero si tal nos parece el defecto de este abordaje en cualquier circunstancia, ello se agrava a propósito de literaturas como la nuestra. Las literaturas metropolitanas tienen detrás de sí un proceso de decantación que, aunque no excluye la necesidad de replanteos (66), permite al estudioso de esas letras una holgura, una seguridad de la que solemos carecer nosotros. El encuentro no del consabido paraguas con la consabida máquina de coser, sino de una realidad arisca, indeterminada, como la nuestra, con un instrumental conceptual con frecuencia inadecuado, no ha facilitado ciertamente la justa jerarquización (y aun la simple apreciación) de nuestras letras. La salida de esta encrucijada no puede ser, desde luego, suspender el juicio (lo que equivaldría para nosotros a perderlo), sino, por el contrario, ejercerlo con rigor, sin complacencias ni encogimientos. Y contando para ello como condición indispensable con nuestra propia tabla de valores, nacida de la aprehensión de las especificidades de nuestra literatura; no necesariamente de lo que la separa de las otras literaturas, pero sí de lo que en ella no es peso muerto, *pastiche*, eco mimético de realizaciones metropolitanas, sino —como Mariátegui había pedido para nuestra vida política— "creación heroica", contribución nuestra verdadera al acervo de la humanidad.

Ya Pedro Henríquez Ureña había señalado lo imprescindible que nos era "poner en circulación tablas de valores; nombres centrales y libros de lectura indispensable" (67). Aquellas tablas no pueden ser sino la generalización de

lo genuino encarnado en las obras reales, y tal generalización no tiene mejor demostración de su validez que la mostración de las obras mismas, las cuales urgía "poner en circulación". La situación era mucho más dramática en el momento en que se escribían aquellas líneas (1925) que en nuestros días. Entonces, Henríquez Ureña sólo podía mencionar los dos "conatos de bibliotecas clásicas de la América española" que se debían a Rufino Blanco Fombona y Ventura García Calderón. En los últimos años, la difusión de textos de literatura hispanoamericana de calidad ha crecido considerablemente. Baste mencionar, en lo que toca a textos clásicos, la *Biblioteca americana* editada por el Fondo de Cultura Económica de México, que fuera proyectada por el propio Pedro Henríquez Ureña y publicada en memoria suya; colección ejemplar por el rigor de la selección y de las ediciones críticas; y, con la inclusión también de textos más recientes, la *Colección Literatura Latinoamericana*, de la Casa de las Américas (68). Por otra parte, es significativo que si en el siglo XIX, y aun en el momento en que Pedro Henríquez Ureña daba a conocer *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), libro capital, era frecuente que un escritor nuestro se viera obligado a publicar sus obras en tierras metropolitanas (como suele ser todavía el caso en las Antillas de lengua no española), hace tiempo que en muchos países iberoamericanos se publica la gran mayoría de sus obras literarias.

Pero si esa "mostración" de las obras mismas es fundamental, no olvidemos que ella no sustituye la discusión crítica y teórica que lleva, precisamente, a la escogida, a la jerarquización de las obras en cuestión. Es cierto que los valores encarnan en las obras, y al abordaje axiológico solo le es dable revelarlos. Pero ese abordaje es imprescindible, porque si en efecto es capaz de revelar los valores positivos, hace posible diseñar un mundo coherente y genuino, acercando a unas obras entre sí y separándolas de otras, destacando en aquellas los aspectos esenciales, y señalando las obras que merecen la difusión reclamada por Henríquez Ureña. Todo ello supone una compleja operación; o, por mejor decir, varias operaciones: y si unas son de naturaleza teórica y crítica, lo tocante a "poner en circulación [...] nombres centrales y libros de lectura indispensable", ya no es, en esencia, ni una cosa ni otra; es una tarea política (término que no podemos rehuir), de política cultural, que necesariamente mira a la otra política (tomando el término en sentido lato), en cuyo seno le incumben funciones específicas. Aquellas colecciones de obras mayores de la literatura hispanoamericana ejemplifican cabalmente este hecho. También, la utilización tendenciosa de una zona de la reciente narrativa hispanoamericana, lo que se dio en llamar con el desagradable término de *boom*, promovida por razones políticas y editoriales (69). Los vínculos entre cierta crítica de voluntad ahistórica y esa promoción, son obvios, por lo que es absurdo considerar a ambas con una óptica exclusiva, técnicamente "literaria". La discusión sobre ellas está obligada a tomar en cuenta también —y a veces, sobre todo— otras razones.

Dando pues por sentado que la valoración de las obras es imprescindible, y tomando en consideración hechos como los señalados anteriormente, nos parece que en lo que toca a los criterios para nuestra crítica, y si se quiere a la urgencia de ella, siguen teniendo validez las observaciones de Reyes:

La llamada crítica pura —estética y estilística [hoy diríamos paraformalista o estructuralista]— sólo considera el valor específicamente literario de una obra, en forma y en fondo. Pero no po-

dría conducir a un juicio y a una comprensión cabales. Si no tomamos en cuenta algunos factores sociales, históricos, biográficos o psicológicos, no llegaremos a una valoración justa (70).

La demanda de lo que Reyes, en otras ocasiones, llamó "integración de los métodos", y para lo que hoy acaso se prefiera el nombre de "colaboración interdisciplinaria" —que de ninguna manera debe confundirse con un eclecticismo desmedulado—, la expone así, en nuestros días, el mexicano Jaime Labastida:

Tenemos que evitar [...] dos falsas vías de solución de la cuestión artística: una consistiría en la reducción de la obra a sus significados (económicos, políticos, sociales), con lo cual se caería en el vicio de un sociologismo o economismo vulgar; la otra vía estaría representada por la pretensión formalista, que buscaría en la obra exclusivamente notas de orden "formal" (significantes) o, según se intenta hacer en la actualidad, reproducciones de modelos lingüísticos, por ejemplo, el "habla" o la "escritura" de los novelistas. El método correcto parecería ser, por el contrario, el que uniera, pero sin eclecticismo, lo más valioso de ambas tendencias o intentos de solución (71).

Sin duda es integrando lo más valioso de tales métodos, y eludiendo sus escollos, como llegaremos a contar con la crítica que requerimos. Uno de esos escollos lo conocemos bien, y hoy tirios y troyanos están contestes en denigrarlo (significativamente, entre quienes lo denigran con más entusiasmo se hallan algunos de sus intransigentes practicantes de ayer); el **sociologismo vulgar**; pero con no menor energía merece ser rechazado el otro escollo, para el que proponemos la denominación simétrica de **estructuralismo vulgar**, el cual, por otra parte, es el que ahora nos amenaza más, pues el estudio burgués de la literatura pretende hoy tildar de sociologismo **vulgar** a **todo** abordaje histórico de la literatura, e imponer así su enfoque ahistoricista.

Rechazar los escollos, sin embargo, no puede significar, de ninguna manera, rechazar los **métodos** de los cuales aquellos escollos no son sino su **desbordamiento**, **extrapolación** o **absolutización**. Sin lo mejor de tales **métodos**, la crítica es sencillamente irrealizable: uno, nos llevará a articular nuestras obras, para hacerlas plenamente comprensibles, con la historia real de nuestros países; historia que en considerable medida está aún por escribirse con criterio científico, y cuya ausencia constituye una pesada dificultad para nuestro trabajo; otro, a captar las verdaderas características formales de nuestras obras, y la función incluso conceptual de esas características, en lo que es de mucha utilidad la lección de Della Volpe (72); ambos, coherentemente integrados, harán posible contar con la crítica requerida por el abordaje maduro de nuestra literatura; más madura, ella, que la teorización y la crítica sobre ella. Lo cual, a fin de cuentas, no es para alarmar como sería lo contrario; el predominio, por encima de la literatura misma, de la crítica y la teorización; y sobre todo de **cierta** crítica y **cierta** teorización. De esto último vemos muestras abundantes en más de un país capitalista, y constituye otro ejemplo, aunque la palabra nos sea tan desagradable, de **decadencia**; no hay allí el recio vuelo crítico que sería señal de vigor intelectual, sino el "torpe vuelo de avutarda", como diría Antonio Machado, del alejandrinismo, del bizantinismo, del escolasticismo ergotizador, de la retórica de nuevo (y viejo) cuño: en suma, del **estructuralismo vulgar**. Pero si siempre es preferible,

por supuesto, que la literatura alcance las realizaciones a que aún no arriba el estudio sobre ella, la verdadera muestra de salud es que la praxis literaria, como toda praxis, sea iluminada por su correspondiente teoría, haciéndose así posible un enjuiciamiento a la altura de su objeto, e incluso la inserción orgánica y justa de este último en un orbe histórico más vasto (73).

Final provisorio

A lo largo de nuestra difícil historia, no nos han faltado contribuciones valiosas, y aun muy valiosas, a esa tarea colectiva que tenemos por delante, y a las que ofrecen un modesto aporte las páginas precedentes: la de precisar los verdaderos aspectos teóricos de nuestra literatura. Desde la polémica Bello-Sarmiento hasta la tarea fundadora de José Martí; y desde los estudios indispensables de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes hasta nuestros días, tales aportes constituyen un *corpus* que en gran medida espera aún su apreciación, articulación y utilización adecuadas. Un capítulo decisivo en la historia de esa meditación fue iniciado por José Carlos Mariátegui al introducir el marxismo-leninismo en nuestros estudios literarios. Su tarea sería continuada por hombres como José Antonio Portuondo, y por un grupo apreciable de jóvenes estudiosos a lo largo del Continente, a quienes hay que añadir a investigadores marxistas no latinoamericanos, especialmente de los países socialistas, que, sobre todo en años recientes (a partir del triunfo de la Revolución Cubana y de la atención que ella atrajo hacia nuestra América), han hecho importantes contribuciones. Entre todos ellos, y los que vayan apareciendo, se va desbrozando el terreno que nos permitirá elaborar la teoría adecuada a nuestras letras. El que aún no contemos sino parcialmente con ella, no debe descorazonarnos. Jean Perus considera a la teoría literaria, en general, como "una ciencia en vía de constitución", y habla de su "estado incierto" (74); y la revista comunista francesa *La Nouvelle Critique* al presentar el ensayo *¿Es posible una ciencia de lo literario?*, afirma que "no disponemos aún de trabajos que permitirían fundar una teoría marxista del fenómeno literario" (75). Quizás haya en esto cierta exageración (76); pero por lo que sabemos, y a pesar de lo enmarañado de nuestra historia, **en cierta forma** nos encontramos, en este orbe, en circunstancias parecidas al resto del mundo; con las particularidades propias de cada uno, desde luego. Y el que, como un paso indispensable para elaborar nuestra propia teoría literaria, insistamos en rechazar la imposición indiscriminada de criterios nacidos de otras literaturas, no puede ser visto, de ninguna manera, como resultado de una voluntad aislacionista. La verdad es exactamente la opuesta. Necesitamos pensar nuestra concreta realidad, indicar sus rasgos específicos, porque sólo procediendo de esa manera, a lo largo del planeta, conoceremos lo que tenemos en común, detectaremos los vínculos reales, y podremos arribar un día a lo que será de veras la teoría general de la literatura general.

La Habana, diciembre de 1974.

notas

* Aunque estas notas se refieren en lo fundamental a la literatura hispanoamericana, es obvio que no pocas de sus observaciones podrían aplicarse también a otras literaturas de nuestra América: la brasileña, las de las Antillas de lengua francesa y de lengua inglesa. De hecho, algunos de los autores citados hablan de cuestiones latinoamericanas.

- (1) Kurt Schnelle: "Acerca del problema de la novela latinoamericana", dos los pueblos, cualesquiera sean las condiciones históricas en que se 1970.
- (2) Mario Benedetti: "La palabra, esa nueva Cartuja", en *Crítica cómplice*. La Habana, 1971. Estos conceptos (estas páginas) se hallan también en otros trabajos de Benedetti.
- (3) v. por ejemplo, de R.F.R.: *Ensayo de otro mundo*. La Habana, 1967 (2da. ed., ampliada, Santiago de Chile, 1969); "Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad", en colaboración (*Casa de las Américas*, n. 56, septiembre-octubre de 1959, y por separado en México, 1969); "Calibán" (*Casa de las Américas*, n. 68, septiembre-octubre de 1971, y por separado en varias ediciones); "A propósito del Circulo de Praga y del estudio de nuestra literatura" (*Casa de las Américas*, n. 74, septiembre-octubre de 1972); "Lecciones de Portuondo" (*Casa de las Américas*, n. 75, noviembre-diciembre de 1972); "Apuntes sobre Revolución y literatura en Cuba" (*Unión*, diciembre de 1972); "Sobre la crítica de Martí" (prólogo a: José Martí: *Ensayos sobre arte y literatura*, La Habana, 1972); "Para una teoría de la literatura hispanoamericana" (*Casa de las Américas*, n. 80, septiembre-octubre de 1973).
- (4) v. en particular "Para una teoría de la literatura hispanoamericana", cit. en n. 3.
- (5) v. por ejemplo: José Carlos Mariátegui: "El proceso de la literatura", en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, 1963, p. 213-18.
- (6) Los fundadores del socialismo científico advirtieron enérgicamente contra el error que implicaría prescindir de la aprehensión de las especificidades concretas. Un investigador soviético ha recordado hace poco:
 [...] cabe decir que C. Marx, F. Engels y V. I. Lenin se pronunciaron reiteradas veces contra las tentativas de desfigurar dogmáticamente algunos postulados del socialismo científico en lo referente a las leyes generales del desarrollo histórico. Por ejemplo, al criticar a N. Mijailovsky, destacado ideólogo del populismo ruso, por su falsa interpretación de *El capital*, C. Marx escribió en una carta a la redacción de la revista rusa *Otchéstvennie zapiski*: "El [Mijailovsky] necesariamente quiere convertir mi ensayo histórico del surgimiento del capitalismo en la Europa occidental en una teoría histórico-filosófica de un camino universal, que fatalmente están condenados a recorrer todos los pueblos, cualesquiera sean las condiciones históricas en que se encuentren, y ello para llegar, en última instancia, a una formación económica que garantice —junto con un florecimiento grandioso de las fuerzas productivas del trabajo social— el desarrollo más pleno

del hombre. Pero le pido mil perdones. Eso sería para mí demasiado halagüeño y, simultáneamente, demasiado oprobioso." [C. Marx y F. Engels: **Obras**, Moscú, 1961, 2da. ed., t. 19, p. 120 (en ruso)]. V. I. Lenin señalaba más adelante que la peculiaridad de la situación histórica en vísperas de la Revolución de Octubre facilitó a Rusia, por ejemplo, "La posibilidad de pasar, de manera diferente que en todos los demás países del occidente de Europa, a crear las premisas fundamentales de la civilización". [V. I. Lenin: "Nuestra revolución", **Obras completas**, Buenos Aires, t. XXXIII, p. 439]. [Nodari Simonia: "Proceso histórico del 'despertar de Oriente'", en revista **Ciencias Sociales**, 3 (9), 1972, p. 207].

- (7) Antonio Candido: "Literatura y subdesarrollo", en **América Latina en su literatura**, coordinación e introducción de César Fernández Moreno, México, 1972.
- (8) No creemos, sin embargo, que acierte del todo Candido al decir que "nuestras literaturas (como también las de Norteamérica) son, fundamentalmente, ramas de las literaturas metropolitanas" (op. cit., p. 344), a no ser que se precise claramente esa siempre equivoca metáfora forestal: "ramas". Que con aquellas literaturas, con sus grandes momentos creadores, conservamos vínculos poderosos, es evidente: esos momentos **son también nuestra tradición**. Pero si durante siglos lo que dice Candido fue cierto, no puede sostenerse, por ejemplo, que la **actual** literatura norteamericana sea una "rama" de la **actual** literatura inglesa; ni que la **actual** literatura hispanoamericana sea una "rama" de la **actual** literatura española. Entendemos las palabras del agudo Candido como un desafío polémico a los secesionistas a ultranza.
- (9) J.V. Stalin: "El marxismo y la cuestión nacional", en **Obras**, tomo 2, 1907-1913, Moscú, 1953, p. 315-16.
- (10) Conceptos más recientes de "cultura", abordada con óptica semiótica, se encuentran en: Yuri M. Lotman: "El problema de una tipología de la cultura", y Ferruccio, Rossi-Landi: "Programación social y comunicación", ambos en **Casa de las Américas**, n. 71, marzo-abril de 1972. Una vívida idea de nuestra cultura y sus relaciones se encontrará en Alejo Carpentier: "De lo real maravillosamente americano", en **Tientos y diferencias**, México, 1964. Este trabajo, en ediciones sucesivas (por ejemplo, La Habana, 1974), aparece con el título "De lo real maravilloso americano".
- (11) v. Alejandro Lipschutz: **Perfil de Indoamérica de nuestro tiempo. Antología 1937-1962**, La Habana, 1972, p. 92. En aquel libro capital, Lipschutz combate el "desprecio para los hechos culturales ajenos" que "es el firme fundamento sobre el cual descansa la política cultural del europeo en Asia, Africa, Australia e incluso América Latina" (p. 93). Para saber lo que Lipschutz considera como "cultura", v. p. 40.
- (12) Miklos Szabolsci: "L'enseignement de la littérature en Hongrie", en: Varios: **L'enseignement de la littérature**, París, 1971.
- (13) En nuestro caso, las poderosas transculturaciones que han estudiado, por ejemplo, Fernando Ortiz (en lo que toca a nuestras herencias africanas) y Lipschutz (con referencia a los aborígenes americanos).

- (14) R. F. R.: "Martí en su (tercer) mundo", en *Cuba Socialista*, n. 41, enero de 1965, p. 55, trabajo republicado después en varias ocasiones. v. un complemento del mismo en "Notas sobre Martí, Lenin, y la revolución anticolonial" (en *Casa de las Américas*, n. 59, marzo-abril 1970), donde ya se esboza un paralelo entre nuestros países y algunos de los de la Europa periférica.
- (15) V. I. Lenin: *Obras completas*, tomo XXXIX, vol. II, **Cuadernos sobre el imperialismo**, La Habana, 1963, p. 746 y 749.
- (16) Ello requerirá, por ejemplo, un abordaje histórico de las **regiones estadiales** como el planteado por el historiador soviético Alexander Chistozvonov en "Estudio de las revoluciones burguesas europeas de los siglos XVI-XVIII por estadios y regiones" (*Ciencias Sociales*, 4 [14], 1973). Allí se considera "el tipo estadal-regional de desarrollo del capitalismo en los países de Europa Central y Oriental", en cuyas revoluciones "surgían también las tareas de liberación nacional y las políticas"; y más adelante: "Nexos más complicados, mediatizados (y por ahora poco estudiados) son típicos para el "ciclo ibérico" de revoluciones del siglo XIX y las guerras-revoluciones liberadoras en los países latinoamericanos. Creemos posible relacionar las últimas con el tipo estadal del periodo manufacturero [...]" (p. 112-13).
- (17) v. Alejandro Lipschutz: *Marx y Lenin en la América Latina y los problemas indigenistas*, La Habana, 1974, esp. "Lenin y nuestros problemas latinoamericanos". Ya a principios del siglo XIX Alejandro de Humboldt había señalado, de pasada, que el "estado político y moral" de "el imperio ruso" tenía "muchos puntos notables de semejanza" con la Nueva España (A. de H.: *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, 1941, tomo II, p. 25).
- (18) Ulrich Weisstein: *Comparative literature and literary theory*, Bloomington y Londres, 1973, p. 29. Criterios mucho más amplios se encontrarían, por ejemplo, en *La littérature comparée en Europe orientale*, conference de Budapest, 26-29 octobre 1962, compilado por I. Soter y otros, Budapest, 1963; y *La literatura comparada*, 1967, de Claude Pichois y André M. Rousseau, trad. de G. Colón, Madrid, 1969.
- (19) Un buen ejemplo de estudio de funciones de influencias es: Roberto Schwartz: "Dependencia nacional. Desplazamiento de ideologías. Sobre la cultura brasileña en el siglo XIX", en *Casa de las Américas*, n. 81, noviembre-diciembre de 1973.
- (20) Vera Kuteischikova: *La novela mexicana. La formación, la originalidad, la etapa contemporánea*, Moscú, 1971 (en ruso). Las páginas en cuestión aparecerán en la Valoración múltiple de la novela de la Revolución mexicana que publicará Casa de las Américas.
- (21) Adrian Marino: "Sobre la crítica de Martí", en *Cahiers Roumains d'Etudes Littéraires*, 1, 1974, p. 143.
- (22) Alfonso Reyes: *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, México, 1944, edición de la que citamos. Existe una nueva edición en el tomo XV de sus *Obras completas*, México, 1963, cuidadosamente presentada por Ernesto Mejía Sánchez, y acompañado de unos "Apuntes para la teoría literaria". El "pensar literario" de Reyes, como dice Mejía Sánchez, debe buscarse también, al menos, en el tomo XIV de

sus **Obras completas**, México, 1962, y en **Al yunque (1944-1958)**, México, 1960.

- (23) En más de un aspecto, la obra de Reyes fue precoz. Por ejemplo, ciertas distinciones suyas que en la época parecieron excesivamente técnicas, deberán ser confrontadas con las propuestas luego por Galvano della Volpe en su **Crítica del gusto** [1960-63], trad. de Manuel Sacristán, Barcelona, 1966. Así, lo que Reyes llama "coloquio" y "paraloquio" (*El deslinde*, p. 194), y Della Volpe "unívoco", "equivoco", "polisentido o polisemo" (*Crítica*, p. 121-22).
- (24) v. una alusión a este punto en el prólogo de Mejía Sánchez a la edición de **El deslinde** en las **Obras completas**, tomo XV, México, 1963, p. 9. Ya José Antonio Portuondo, al reseñar la primera edición del libro, advirtió: "conviene advertir que el análisis fenomenológico propuesto y practicado en él nada tiene que ver con los procedimientos, también fenomenológicos, de los partidarios de la crítica estilística". J.A.P.: "Alfonso Reyes y la teoría literaria", en **Concepto de la poesía** [2da. ed.] La Habana, 1972, p. 173.
- (25) Roman Jakobson: **Questions de poétique**, Paris, 1973, p. 15.
- (26) v., por ejemplo, B[oris] Eikhensbaun [Eijensbaum en la transliteración al español]: "La théorie de la 'méthode formelle'", en **Théorie de la littérature [...]** des formalistes russes [...], Paris 1975, p. 37.
- (27) A propósito de esta renuncia, de este defecto, escribe Krystina Pomorska: "los miembros del opojaz nunca introdujeron el problema de la evaluación en su sistema; para decirlo de manera más categórica, no pensaron que el procedimiento de estudiar la literatura tuviera en absoluto que ser evaluativo. En realidad parecieron aceptar tácitamente el principio enunciado por Croce: que nuestra evaluación del arte es siempre y necesariamente intuitiva". En **Readings in Russian poetics. Formalism and structuralist views**, ed. por Ladislav Matejka y Krystina Pomorska, M.I.T., 1971, p. 275.
- (28) Jurij Tynianov [Yuri Tinianov en la transliteración al español]: "Il fatto letterario", en **Avanguardia e tradizione** [Arcaisti i novatori, Leningrado, 1929], trad. al italiano de Sergio Leone, Bari, 1968.
- (29) J. T. [Y. T.]: "Sull'evoluzione letteraria", en op. cit. en n. 28, p. 49. Este texto ha sido traducido frecuentemente: v., por ejemplo, en español, Adolfo Sánchez Vázquez: **Estética y marxismo**, México, 1970, tomo I. Allí la cita aparece en las p. 262-3.
- (30) Como lo ha señalado André Gisselbrecht: "Marxisme et théorie de la littérature", en **Littérature et idéologies**, número especial de **La Nouvelle Critique**, 39 bis, c. 1970, p. 33.
- (31) v. R. F. R.: "A propósito del Circulo de Praga y del estudio de nuestra literatura", cit. en n. 3.
- (32) José Antonio Portuondo: "El rasgo predominante en la novela hispanoamericana", 1951, en **El heroísmo intelectual**, México, 1955, p. 106. El subrayado es nuestro. R.F.R.
- (33) José Antonio Portuondo: "Literatura y sociedad", 1969, en **América**

- Latina en su literatura**, cit. en n. 7, p. 391. El subrayado es nuestro. R.F.R.
- (34) Alfonso Reyes: **El deslinde**, ed. cit. en n. 22, p. 213.
 - (35) Uno de los mejores estudiosos de esas "novelas", Adalbert Dessau, confiesa que "tales obras [de Azuela, Guzmán, Vasconcelos, incluso Romero] más bien son memorias que verdadera novelística", en **La novela de la Revolución Mexicana**, México, 1972, p. 18.
 - (36) H. R. Hays: "La poesía latinoamericana" [prólogo a **12 Spanish American poets**, New Haven, 1943], en **Gaceta del Caribe**, a. 1, n. 3, mayo de 1944, p. 16.
 - (37) Pedro Henríquez Ureña: **Las corrientes literarias en la América hispánica**, trad. de J. Diez-Canedo, México, 1949, p. 150.
 - (38) José Martí: "Julián del Casal", en **Ensayos sobre arte y literatura**, selección y prólogo de R.F.R., La Habana, 1972, p. 234. Martí traza en este breve texto la que sería parábola del "modernismo" (denominación que él no utiliza): "Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo."
 - (39) Tomás Navarro [Tomás]: **Métrica española. Reseña histórica y descriptiva**, Nueva York, 1956. p. 250-51. v. un valioso "Panorama histórico del género [se refiere a la décima] en España e Hispanoamérica" en la notable investigación de Ivette Jiménez de Báez, **La décima popular en Puerto Rico**, Xalapa, Veracruz, 1964. Desgraciadamente, esta autora desconoce las búsquedas de Samuel Feijóo sobre la décima popular cubana: v. por ejemplo **Los trovadores del pueblo**, tomo I, Santa Clara, 1960.
 - (40) Carlos H. Magis: **La lírica popular contemporánea. España, México, Argentina**, México, 1969, p. 526. Sin embargo, Carolina Poncet (**El romance en Cuba, 1914**, La Habana, 1972) estima que en el siglo XVIII la poesía popular española se valía también de la décima (p. 20-21), y cita en su apoyo un curioso e incontrovertible pasaje del francés J. F. Burgoing (n. 20, al pie de la p. 21).
 - (41) Sócrates Nolasco: **Una provincia folklórica: Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo**, Santiago de Cuba, 1952, p. 24.
 - (42) Carolina Poncet: op. cit. en p. 40.
 - (43) En **El "Martín Fierro"** (Buenos Aires, 1953), Jorge Luis Borges cita una opinión de Unamuno en que don Miguel habla de las "monótonas décimas de Martín Fierro". Borges acota: "Acaso no es inútil advertir que las 'monótonas décimas' [...] son realmente sextinas" (p. 71-2). Como se sabe, las "sextinas" son de arte mayor (Tomás Navarro: op. cit. en n. 39), de modo que Borges está igualmente equivocado. La estrofa en cuestión es una "sextilla" (v. Eleuterio F. Tiscornia: **La lengua de "Martín Fierro"**, Buenos Aires, 1930, p. 284), pero tan "original" ("no tiene antecedentes en la poesía gauchesca", *ibid.*) que no es en realidad sino una décima (frecuente ella sí en la poesía gauches-

ca) a la que se la ha privado de sus cuatro primeros versos, lo que deja al quinto (primero de la "sextilla") sin rima. Unamuno, pues, no estaba en este punto tan desencaminado como creía el siempre ingenioso (y equivocado) Borges.

- (44) Waldo Frank: "Notes on Alfonso Reyes", en: Varios: **Páginas sobre Alfonso Reyes**, tomo I, Monterrey, 1955, p. 415.
- (45) Por supuesto que para entonces ya había novelas y novelistas en nuestras tierras, y hasta Arturo Torres Rioseco, refundiendo dos libros anteriores suyos, pudo publicar en la época una obra con el título **Grandes novelistas de la América hispana** (Berkeley y Los Angeles, 1949). Pero parece que le asiste la razón a Adalbert Desseau, quien ve nuestra novela como "conciencia histórica", cuando, refiriéndose a la novelística hispanoamericana previa a la eclosión de estos años recientes, escribe: "las novelas latinoamericanas representativas carecen bastante de la dimensión humana porque dentro del ambiente colonial y feudal muy poco modificado sus mismos autores no han ascendido lo bastante en el proceso de individualización propia del surgimiento de la sociedad burguesa [...] muchas novelas del siglo XIX y hasta del XX [...] resultan obras de divulgación en el sentido de que, por falta de otras formas e inmadurez del género, se ha dado forma novelística a algo que mejor habría sido haberlo publicado en forma de folleto o ensayo [A. D.: "La novela latinoamericana como conciencia histórica", en *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, México, 1970, p. 259].
- (46) Alejo Carpentier: *Tientos y diferencias*, cit. en n. 11, esp. "Problemática de la actual novela latinoamericana".
- (47) H. R. Hays: op. cit. en n. 36, p. 16.
- (48) Kurt Schnelle: op. cit., en n. 1, p. 165-6.
- (49) Adalbert Dessau: op. cit. en n. 45, p. 266.
- (50) Lucien Goldmann: "Nouveau roman et réalité", en *Pour une Sociologie du roman*, París, 1964.
- (51) Rita Schober: "Périodisation et historiographie littéraire", en: Varios: **Problemes de periodisation dans l'histoire littéraire. Colloque international organisé par la section d'études romanes de l'Université Charles de Prague** (29 novembre-1er. decembre 1966), Praga, 1968, p. 23.
- (52) Anatoli Lunacharski: "Tesis sobre las tareas de la crítica marxista", en *La Gaceta de Cuba*, n. 112, mayo-junio de 1973, p. 27.
- (53) Carlos Rincón: "Sobre crítica e historia de la literatura hoy en Hispanoamérica", en *Casa de las Américas*, septiembre-octubre de 1973.
- (54) Por ejemplo, el trabajo de Raimundo Lida: "Periodos y generaciones en historia literaria" (en *Letras hispánicas*, México, 1958) comenta el congreso sobre el tema —ceñido a literaturas europeas— que se celebró en Amsterdam en 1935. Un carácter "general" tiene "Problemas de la historia literaria", de José Luis Martínez, que toca esta y otras

- cuestiones (en **Problemas literarios**, México, 1955).
- (55) José Antonio Portuondo: "‘Períodos’ y ‘generaciones’ en la historiografía literaria hispanoamericana", en **La historia y las generaciones**, Santiago de Cuba, 1958.
 - (56) v. J. C. Mariátegui: op. cit. en n. 5, p. 219.
 - (57) Carlos Rincón: op. cit. en n. 53, p. 145.
 - (58) Se trata del coloquio de cuyos materiales se habla en la n. 51.
 - (59) El trabajo de Belic apareció también en español en la revista chilena **Problemas de Literatura**, a. 1, n. 2, septiembre de 1972.
 - (60) Sobre el estado de la elaboración de dicha historia, que constará de diez volúmenes, v. A. Ushakov: "El Instituto M. Gorki de Literatura Mundial", en **Ciencias Sociales**, n. 4(6), 1971, p. 224.
 - (61) Hemos expuesto nuestra opinión sobre este punto en "Modernismo, noventiocho, subdesarrollo", publicado en **Universidad de La Habana**, n. 193, enero-marzo de 1969, y en **Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas**, cit. en n. 45. Un resumen crítico de las discusiones, hasta 1968 inclusive, se encuentra en: Antonio Melis: "Bilancio degli studi sul modernismo ispanoamericano", en **Lavori della sezione Fiorentina del Gruppo Ispanistico C. N. R.**, serie II, Florencia, c. 1969.
 - (62) Leonardo Acosta: "El 'barroco americano' y la ideología colonialista", en **Unión**, septiembre de 1972, p. 59.
 - (63) Federico Alvarez: "¿Romanticismo en Hispanoamérica?", en **Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas**, cit. en n. 45.
 - (64) Mirta Aguirre: **El romanticismo de Rousseau a Víctor Hugo**, La Habana, 1973.
 - (65) v. Noel Salomon: "José Martí et la prise de conscience latinoamericaine" en **Cuba Sí**, n. 35-36, 4to. trimestre 1970-1er. trimestre 1971, p. 5-6. Este importante trabajo se publicó también, en español, en **Anuario Martiano**, 4, La Habana, 1972.
 - (66) Pues se trata, desde luego, de una decantación hecha desde la perspectiva de una clase, la cual, como ha observado con razón Franco Vernier, diseña en cada caso lo que es "literatura": no "el conjunto de los textos literarios", sino "el conjunto de los escritos 'sagrados', que son, en una época dada, reconocidos como 'literarios' por una clase social": "la clase dominante", que "tiende a imponer su corpus a las clases dominadas (F. V.: *Une science du littéraire est-elle possible?*, París, 1972, p. 4 y 5). El desarrollo de las burguesías metropolitanas explica la nitidez de sus "corpus" literarios respectivos; el escaso desarrollo de nuestras burguesías dependientes, el desbarajuste de los nuestros. En la América Latina, ya no se arribará a ese diseño desde una perspectiva burguesa.
 - (67) Pedro Henríquez Ureña: "Camino de nuestra historia literaria", en **Seis ensayos en busca de nuestra expresión** (1928), ahora en **Obra crítica**, México, 1960, p. 255.

- (68) Una excelente visión general de esta Colección (que contó con su asesoría desde el primer momento), nos ha dejado Camila Henríquez Ureña en "Sobre la Colección Literatura Latinoamericana", *Casa de las Américas*, n. 45, noviembre-diciembre de 1967. v. una comparación con la Biblioteca Americana (en cuyo diseño también participó Camila Henríquez Ureña) en la p. 160.
- (69) Sobre esta cuestión v. por ejemplo: Jaime Mejía Duque: "El 'boom' de la narrativa latinoamericana", en *Narrativa y neocolonaje en América Latina*, Buenos Aires, 1974; y Mario Benedetti: *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, Buenos Aires, 1974, esp. p. 147-55.
- (70) Alfonso Reyes: "Fragmento sobre la interpretación social de las letras iberoamericanas", en *Marginalia, primera serie*, México, 1952, p. 154.
- (71) Jaime Labastida: "Alejo Carpentier: realidad y conocimiento estético [...]", en *Casa de las Américas*, n. 87, noviembre-diciembre de 1974, p. 24.
- (72) Una forma correcta de realizar esa labor se aprecia en los jóvenes críticos cubanos Sergio Chaple (*Rafael María de Mendive. Definición de un poeta*, La Habana, 1973) y Salvador Arias (*Búsqueda y análisis*, La Habana, 1974).
- (73) Un ejemplo de la crítica integral que requiere nuestra literatura es el libro de Antonio Cornejo Polar: *Los universos narrativos de José María Arguedas*, Buenos Aires, 1973.
- (74) Jean Perus: *Méthodes et techniques de travail en histoire littéraire*, París, 1972, p. 60.
- (75) Franco Vernier: op. cit. en n. 66, p. 1 (nota por *La N [ouvelle] C[ritique]*, editora del ensayo).
- (76) v., por ejemplo: André Gisselbrechts: op. cit. en n. 30.